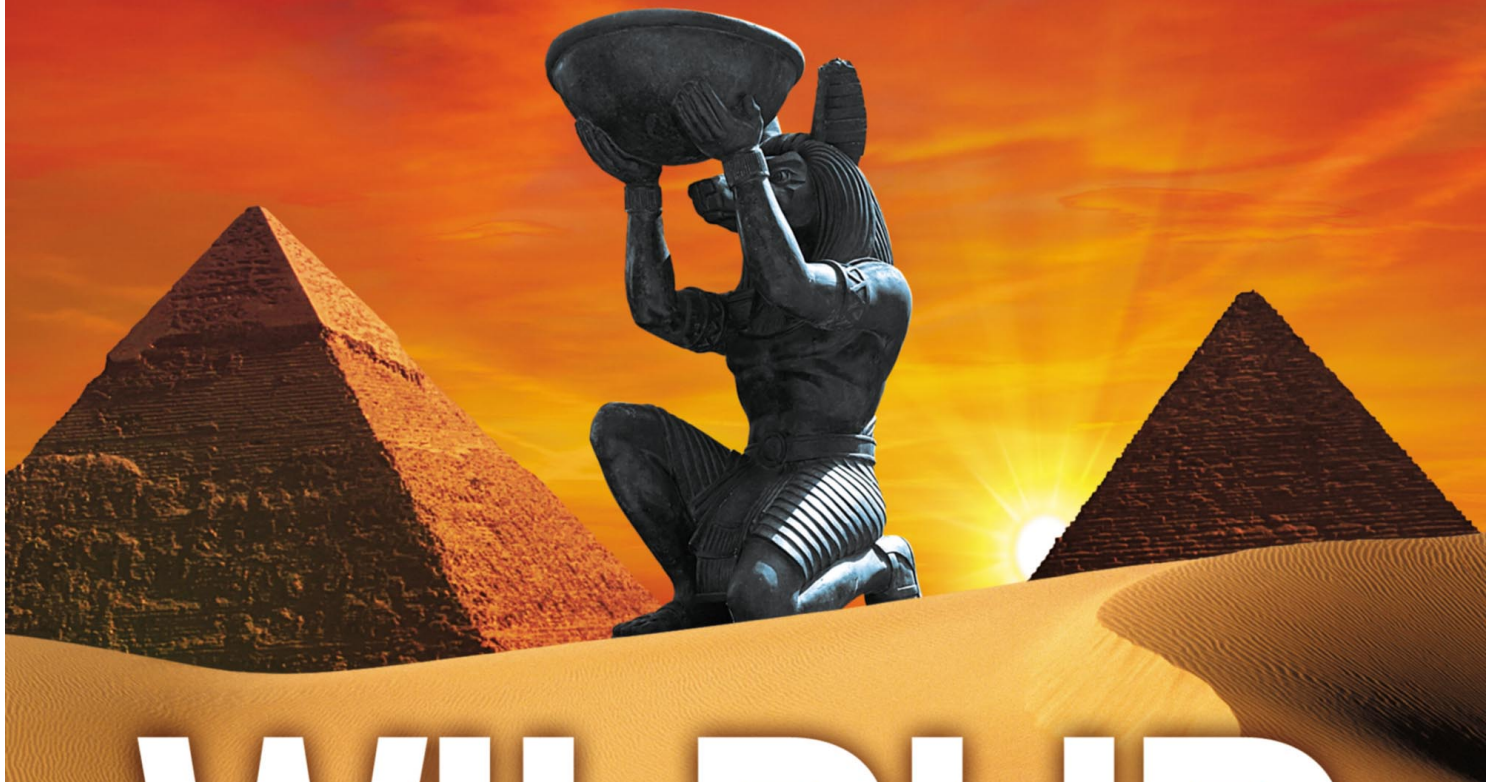


"EL MEJOR NOVELISTA HISTÓRICO." STEPHEN KING



WILBUR SMITH

FARAÓN




emecé grandes novelistas

Wilbur Smith

Faraón

Traducción de Julio Sierra

 emecé
grandes novelistas

Smith, Wilbur
Faraón / Wilbur Smith. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Emecé, 2017.
400 p. ; 25 x 16 cm.

Traducción de: Julio A. Sierra.
ISBN 978-950-04-3911-4

1. Narrativa Sudafricana. 2. Novelas Policiales. I. Sierra, Julio A., trad.
II. Título.
CDD SA820

Título original: *Pharaoh*

Primera edición: HarperCollins Publishers 2016
HarperCollins Publishers, 1 London Bridge Street, London SE1 9GF
Copyright © Orion Mintaka (UK) Ltd 2016
Wilbur Smith afirma su derecho moral a ser identificado como autor de esta obra.

Traducción de Julio Sierra

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Diseño de cubierta:
Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
1ª edición: noviembre de 2017
17.000 ejemplares
Impreso en Gráfica Pinter,
Diógenes Taborda 48, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de septiembre de 2017.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por
cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización
u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está
penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA / PRINTED IN ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
ISBN: 978-950-04-3911-4



EDICIÓN NO VENAL
EXTRACTO

Aunque habría preferido tragarme mi propia espada antes que admitirlo abiertamente, en el fondo de mi corazón, yo sabía que finalmente todo había terminado.

Cincuenta años atrás, ingentes fuerzas de hicsos que provenían del desierto oriental, habían atravesado sin previo aviso las fronteras de nuestro amado Egipto. Eran un pueblo salvaje y cruel sin nada que los reivindicase. Contaban con un elemento que los volvía invencibles en la batalla: el carro de combate con caballos, algo que nosotros, los egipcios, nunca habíamos visto antes, ni teníamos noticia de su existencia y al que veíamos como algo vil y detestable.

Tratamos de enfrentar a pie aquella embestida de los hicsos, pero nos aplastaron y nos rodearon sin esfuerzo con sus carros y su lluvia de flechas. No tuvimos otra alternativa que huir hacia nuestros barcos y escapar de ellos hacia el sur, río arriba por el poderoso Nilo, arrastrando nuestros equipos por sobre las cataratas y hacia el desierto. Allí permanecimos durante más de diez años, suspirando por nuestra tierra.

Por pura casualidad logré atrapar un gran número de caballos del enemigo y los llevé con nosotros. Pronto descubrí que el caballo, lejos de ser detestable, es el más inteligente y tratable de todos los animales. Desarrollé mi propia versión del carro de combate, que era más ligero, más rápido y más maniobrable que la versión de los hicsos. Le enseñé al muchacho que luego se convertiría en Tamose, faraón de Egipto, a ser un experto auriga.

Cuando fue oportuno, nosotros los egipcios bajamos por el Nilo con nuestra flota de embarcaciones fluviales, desembarcamos los carros de combate en las costas de nuestro amado Egipto y caímos sobre nuestros enemigos para empujarlos hacia el delta del norte. A lo largo de las décadas que siguieron estuvimos ocupados en la lucha contra nuestros enemigos hicsos.

Pero en ese momento la rueda había dado una vuelta completa. El faraón Tamose era un hombre viejo y estaba echado en su tienda, mortalmente herido por una flecha de los hicsos. El ejército egipcio se estaba disolviendo y al día siguiente debía yo enfrentarme a lo inevitable.

Incluso mi espíritu intrépido, que había sido vital para conducir a Egipto hacia delante durante el último medio siglo de lucha, ya no era suficiente. En el último año habíamos sido derrotados en dos grandes batallas sucesivas, tan amargas como sangrientas, pero en vano. Los invasores hicsos que se habían apoderado de la mayor parte de nuestra patria, estaban en el umbral de su triunfo final. Todo Egipto estaba ya casi en sus manos. Nuestras legiones estaban desarticuladas y derrotadas. Por mucho que desesperadamente intenté reunir las y empujarlas hacia adelante, parecía que se habían resignado a la derrota y a la ignominia. Más de la mitad de los caballos había caído, mientras que los que seguían en pie apenas si podían soportar el peso de un hombre o de un carro. En cuanto a los hombres, casi la mitad de ellos tenía heridas recientes y abiertas que habían vendado con trapos. Su número se había reducido en casi tres mil durante esas dos batallas en las que habíamos luchado y perdido desde el comienzo del año. La mayoría de los supervivientes trastabillaba o cojeaba en la refriega con una espada en una mano y una muleta en la otra.

Es cierto que este déficit en nuestras filas tenía su origen más en la desertión que en la muerte o las heridas en el campo de batalla. Las otrora orgullosas legiones del Faraón finalmente habían perdido el entusiasmo, y huían en grandes cantidades ante el enemigo. Lá-

grimas de vergüenza corrían por mis mejillas mientras les rogaba y los amenazaba con la flagelación, la muerte y el deshonor, cuando pasaban a mi lado en su carrera hacia la retaguardia. No me prestaban atención y ni siquiera me miraban cuando arrojaban sus armas para alejarse corriendo o cojeando. A las puertas mismas de Luxor se habían reunido grandes cantidades de hicsos. Y al día siguiente yo iba a liderar lo que seguramente iba a ser nuestra última y débil oportunidad de evitar una sangrienta aniquilación.

Al caer la noche en el campo de batalla hice que mis criados limpiaran las manchas de sangre fresca de mi escudo y mi armadura, y repararan las abolladuras de mi casco, que más temprano ese mismo día había desviado la hoja afilada de algún hicsos. Faltaba el penacho, arrancado por ese mismo golpe enemigo. Luego, gracias al parpadeo de una antorcha pude contemplar el reflejo de mi propia imagen en mi espejo de mano de bronce pulido. Como siempre, eso levantó el ánimo de mi alicaído espíritu. Una vez más me recordó la facilidad con que los hombres siguen una imagen o una reputación cuando el sentido común señala la inminente aniquilación. Forcé una sonrisa en el espejo, tratando de ignorar las sombras melancólicas en lo más profundo de mis ojos; luego me agaché para pasar por la puerta de tela de mi tienda y me dirigí a presentar mis respetos a mi bienamado Faraón.

El faraón Tamose yacía en su litera asistido por tres de sus cirujanos y seis de sus numerosos hijos. En un círculo más amplio en torno a él estaban reunidos sus generales y altos consejeros, además de cinco de sus esposas favoritas. Todos tenían expresiones solemnes y sus consortes estaban llorando, pues el Faraón estaba muriendo. Más temprano ese día había recibido una grave herida en el campo de batalla. El astil de la flecha hicsa todavía sobresalía de entre las costillas. Ninguno de sus médicos presentes, entre ellos yo mismo, el más experto de todos, había tenido la temeridad de intentar retirar la punta de flecha de púas de un punto tan cerca de su corazón. Solo

habíamos cortado el astil a la altura de los labios de la herida y simplemente esperábamos el inevitable resultado. Antes del mediodía del día siguiente, el Faraón casi seguramente habría dejado vacante el trono de oro en favor de Utteric Turo, su hijo mayor, sentado a su lado tratando de que no fuera demasiado obvio que estaba disfrutando el momento en que la soberanía de este amado Egipto pasara a sus manos. Utteric era un joven insípido e ineficaz que ni siquiera podía imaginar que para la puesta del sol del día siguiente su imperio bien podría ya no existir; o mejor dicho, eso era lo que yo pensaba de él en ese momento. Pronto iba yo a darme cuenta de cuán tristemente me había equivocado al juzgarlo.

Para ese entonces Tamose era ya un hombre viejo. Yo sabía cuál era su edad con suma precisión pues fui yo quien lo había traído como un bebé a este áspero mundo. Era leyenda popular que su primer acto al llegar había sido orinar copiosamente sobre mí. Suprimí una sonrisa mientras pensaba en cómo durante los siguientes sesenta y tantos años él nunca dudó en manifestarme su más leve desaprobación de la misma manera.

En ese momento fui hacia él y me arrodillé para besarle las manos. El Faraón parecía aún más viejo que sus años reales. A pesar de que había recientemente comenzado a teñirse el pelo y la barba, yo sabía que debajo de la brillante pigmentación color jengibre que había elegido, en realidad el pelo era blanco como algas desteñidas por el sol. La piel de su cara estaba profundamente arrugada y salpicada de manchas oscuras. Había bolsas de piel arrugada debajo de sus ojos, ojos en los que las señales de la cercanía de la muerte eran más que evidentes.

No tengo ni la más remota idea de mi propia edad. De todas maneras, soy bastante mayor que el Faraón, pero por mi aspecto parezco mucho menos de la mitad de su edad. Esto se debe a que soy una persona de larga vida y bendecido por los dioses, muy especialmente por la diosa Inana. Este es el nombre secreto de la diosa Artemisa.

El Faraón levantó la vista para mirarme y habló con dolor y dificultad, su voz ronca y su respiración con silbidos y grandes esfuerzos.

—¡Tata! —me saludó con el sobrenombre cariñoso que me había dado cuando era solo un niño—. Sabía que vendrías. Siempre sabes cuándo te necesito más. Dime, mi viejo y querido amigo, ¿qué hay del mañana?

—El mañana te pertenece a ti y a Egipto, mi señor rey. —No sé por qué elegí esas palabras para responderle, cuando era una certeza que todos nuestros mañanas ya pertenecían a Anubis, el dios de los cementerios y del inframundo. Pero yo amaba a mi Faraón, y quería que muriera tan pacíficamente como fuera posible.

Él sonrió y no dijo nada más, pero estiró una mano que se sacudía con dedos temblorosos para tomar mi mano y acercarla a su pecho hasta que se durmió. Sus cirujanos y sus hijos salieron del pabellón, y juro que vi una débil sonrisa que cruzaba los labios de Utteric al salir. Me senté junto a Tamose hasta bien pasada la medianoche, tal como había hecho con su madre antes de su partida, pero finalmente la fatiga adormecedora de la batalla de ese día me sobrepasó. Liberé mi mano de la suya y me aparté de él que no dejaba de sonreír, di unos pasos tambaleantes hacia mi propio jergón y me eché allí en un sueño parecido a la muerte.

Mis criados me despertaron antes de que la primera luz hubiera tocado el cielo del amanecer con su oro. Me vestí presuroso para la batalla y me puse el cinturón con la espada; luego me dirigí veloz otra vez al pabellón real. Cuando me puse de rodillas una vez más junto al lecho del Faraón, él todavía sonreía, pero sus manos estaban frías cuando las toqué. Estaba muerto.

—Voy a llorar por ti más tarde, mi Mem —le prometí mientras me ponía de pie otra vez—, pero ahora tengo que salir y tratar una vez más de cumplir con mi juramento a ti y a nuestro amado Egipto.

La maldición de los que gozamos de larga vida es la de sobrevivir a todos los que más amamos.

El resto de nuestras devastadas legiones estaba reunido en la garganta del paso ante la dorada ciudad de Luxor, donde habíamos mantenido a raya a las voraces hordas hicsas durante los últimos treinta y cinco días de desesperación. Para pasar revista conduje mi carro de guerra a lo largo de las filas diezmadas y, cuando los que todavía estaban en condiciones de hacerlo me reconocían, se ponían de pie de un salto. Se agacharon para arrastrar a sus compañeros heridos a la posición vertical para tenerlos junto a ellos en sus formaciones de batalla. A continuación, todos ellos, hombres que todavía estaban sanos y fuertes, junto a aquellos que estaban más allá de la mitad del camino hacia sus muertes, levantaron sus armas al cielo del amanecer y me aclamaron al pasar.

Un rítmico cántico se hizo cada vez más fuerte.

—¡Taita! ¡Taita! ¡Taita!

Me tragué mis lágrimas al ver a estos valientes hijos de Egipto en una situación tan desesperada. Forcé una sonrisa en mis labios y entre risas les grité arengas, llamando por su nombre a los incondicionales que en medio de esa multitud yo conocía muy bien.

—¡Vamos, Osmen! Yo sabía que te iba a encontrar todavía en la primera fila.

—¡Nunca más del largo de una espada detrás de ti, mi señor! —me respondió a los gritos.

—¿Y tú Lothan, codicioso y viejo león? ¿Todavía no has reunido ya más de lo que te corresponde de los perros hicsos?

—Sí, pero solo la mitad de todo lo que tú tienes, mi Señor Tata.
—Lothan era uno de mis favoritos especiales de modo que le permitía el uso de mi sobrenombre cariñoso. Después de mi paso ante ellos, las aclamaciones se convirtieron otra vez en un terrible silencio y cayeron de nuevo de rodillas para mirar hacia el paso por donde sabían que las legiones de los hicsos solo estaban esperando la plena

luz del amanecer para renovar su ataque. El campo de batalla a nuestro alrededor estaba cubierto con una gruesa capa de muertos dejados tras los muchos y largos días de masacre. La ligera brisa previa al amanecer arrastraba el hedor de la muerte hacia donde nosotros esperábamos. Con cada respiración mía este se pegaba pesado como el aceite en la lengua y en la parte posterior de la garganta. Yo tosía y escupía a un lado de mi carro de guerra, pero cada vez que volvía a respirar, el hedor se hacía más fuerte y más repelente.

Los carroñeros ya estaban dándose un banquete en los montones de cadáveres dispersos alrededor de nosotros. Los buitres y los cuervos volaban sobre el terreno planeando con sus alas extendidas para luego lanzarse al suelo para competir con los chacales y las hienas en medio de los gritos y las peleas de todos ellos, rasgando la carne humana en descomposición, arrancando trozos y jirones de ella para tragarlos enteros. Sentí que mi propia piel se erizaba con horror al imaginar el mismo fin que me esperaba para cuando finalmente sucumbiera a las espadas de los hicsos.

Me estremecí y traté de dejar estos pensamientos a un lado mientras les gritaba a mis capitanes que enviaran a sus arqueros adelante para recuperar la mayor cantidad de flechas usadas de los cadáveres que pudieran encontrar para volver a llenar sus aljabas vacías.

Entonces, por encima del griterío de aves y animales peleando entre sí, escuché el sonido de un solo tambor que resonaba en el paso. Mis hombres lo escucharon también. Los sargentos gritaron órdenes y los arqueros volvieron rápidamente del campo con las flechas que habían rescatado. Los hombres en las filas que estaban a la espera, se pusieron de pie y formaron hombro a hombro con los escudos superpuestos. Las hojas de las espadas y las puntas de sus lanzas estaban melladas y romas por el uso excesivo, pero aun así las apuntaban hacia el enemigo. Los extremos de sus arcos estaban atados con cuerdas donde la madera se había resquebrajado y muchas de las flechas que habían sido recuperadas del campo de batalla carecían

de emplumado, pero todavía podían volar con bastante precisión para lograr su objetivo usadas de cerca. Mis hombres eran veteranos y conocían todos los trucos para sacar el máximo provecho de las armas y equipos dañados.

En la distante entrada del paso, los enormes grupos enemigos comenzaron a aparecer en la oscuridad antes del amanecer. En un primer momento sus formaciones parecían encogidas y disminuidas por la distancia y la temprana luz, pero se hincharon rápidamente en tamaño mientras avanzaban para enfrentarnos. Los buitres chillaban y graznaban para luego elevarse por el aire; los chacales y otros carroñeros se escabullían ante el avance del enemigo. El suelo del paso se llenó de lado a lado con los numerosos hicsos, y no por primera vez sentí que mi ánimo se estremecía. Parecía que nos superaban en número por lo menos tres o incluso cuatro a uno.

Sin embargo, a medida que se acercaban vi que los habíamos vapuleados tan salvajemente como ellos nos habían tratado a nosotros. Muchos de ellos estaba heridos, y sus heridas estaban envueltas con trapos manchados de sangre, al igual que las nuestras. Algunos de ellos avanzaban con muletas, y otros se sacudían y se tambaleaban mientras sus sargentos trataban de hacerlos avanzar más rápido recurriendo a sus látigos de cuero crudo. Me alegré al verlos obligados a recurrir a este tipo de medidas extremas para inducir a sus hombres a mantener sus formaciones. Conduje mi carro a lo largo de la primera fila de mis propios hombres gritando arengas para ellos y señalando el uso de los látigos de los jefes hicsos.

—Los hombres como ustedes nunca necesitan del látigo para vencerlos de cumplir con su deber.

Mi voz les llegó claramente por encima del ritmo de los tambores hicsos y de los pasos de sus pies con armadura. Mis hombres me aclamaron y les gritaron insultos y burlas a las filas enemigas que se acercaban. Todo el tiempo yo iba calculando la disminución de la distancia que separaba las primeras filas de nuestros ejércitos

enfrentados. Yo tenía solo cincuenta y dos carros de guerra de los trescientos veinte con los que había comenzado esta campaña. El desgaste de los caballos había sido amargamente difícil de soportar. Sin embargo, nuestra única ventaja era que estábamos en una posición fuerte, aquí en la cabecera del escarpado y difícil paso. Yo la había elegido con todo el cuidado y la astucia aprendidos en innumerables batallas en toda mi larga vida útil.

Los hicsos contaban en gran medida con sus carros para llevar a sus arqueros a distancias que facilitaban el ataque a nuestras filas. A pesar de nuestro ejemplo, ellos nunca habían desarrollado el arco recurvado, y se habían aferrado tenazmente a los arcos de extremos rectos que no podían disparar flechas a mayor velocidad y por lo tanto a mayor distancia que nuestras armas superiores. Al obligarlos a abandonar sus carros al pie del paso rocoso, yo les había negado la oportunidad de llevar a sus arqueros con rapidez a la mejor distancia de nuestra infantería.

Y el momento crítico llegó cuando tuve que desplegar los carros que me quedaban. Conduje este escuadrón personalmente, corriendo en línea hacia adelante y derribamos la vanguardia del avance de los hicsos. Disparamos nuestras flechas a sus filas amontonadas a una distancia de sesenta o setenta pasos y pudimos matar o mutilar a casi treinta enemigos antes de que pudieran llegar a nosotros.

Cuando esto sucedió, bajé de un salto de la plataforma de mi vehículo y mientras mi auriga se alejaba, me metí en el centro de la primera fila y ubiqué mi escudo entre dos de mis compañeros y lo presenté hacia el enemigo.

Casi inmediatamente llegó el momento tumultuoso en que la batalla comienza en serio. La falange enemiga chocó contra nuestro frente con un poderoso estruendo de bronce contra bronce. Con los escudos entrelazados los ejércitos enfrentados empujaron y tiraron uno contra el otro, tratando de forzar un avance en la línea opuesta. Era una lucha gigantesca que a todos nos envolvía en un estado de



Descargá la aplicación en:

